

¿POR QUÉ LOS INTELLECTUALES SE Oponen AL CAPITALISMO?* **

Robert Nozick***

Sin duda alguna, Robert Nozick fue uno de los filósofos políticos más influyentes del siglo XX. Su obra no sólo redefinió la línea del pensamiento libertario contemporáneo, sino que contribuyó de manera decisiva al replanteamiento de las teorías igualitarias.

En el presente artículo, Nozick esboza una tesis sociológica acerca de la razón por la cual los intelectuales tienden hacia la izquierda política y cuestionan el capitalismo. El filósofo de Harvard propone que el sistema escolar los acostumbra a recibir las mayores recompensas y les enseña que son los individuos más valiosos. Ello, los lleva a desarrollar un resentimiento hacia la sociedad, que distribuye las recompensas y valora a los sujetos de acuerdo con las preferencias del mercado.

Es sorprendente que los intelectuales se opongan al capitalismo. Otros grupos de un estatus socio económico comparable no muestran el mismo grado de oposición en las mismas proporciones. Estadísticamente, entonces, los intelectuales son una anomalía.

No todos los intelectuales se encuentran en la "izquierda". Como otros grupos, sus opiniones se encuentran diseminadas a lo largo de una curva. Pero en su caso, la curva está dirigida y torcida hacia la izquierda política.

Por intelectuales, no me refiero a todas las personas inteligentes o de un cierto nivel de educación, sino a aquellos quienes en sus actividades se ocupan de las ideas expresadas en palabras, moldeando la corriente de éstas que otros reciben. Estos hacedores de palabras incluyen a poetas, novelistas, críticos literarios, periodistas de diarios y revistas, y muchos profesores. No incluye a aquellos que principalmente producen y transmiten información formulada cuantitativamente o matemáticamente (los hacedores de números) o a aquellos que trabajan con visualmedia, pintores, escultores, camarógrafos. A diferencia de los hacedores de palabras, las personas que se dedican a estas ocupaciones no se oponen al capitalismo de una manera desproporcionada. Los hacedores de palabras se encuentran concentrados en ocupaciones determinadas: la academia, los medios, la burocracia gubernamental.

* El presente artículo fue publicado en CATO Online, Vol. XX, Nº 1, Jan./Feb. 1998, bajo el título "Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?". Asimismo, es un extracto de un ensayo del mismo título que originalmente apareció en "El Futuro de la Empresa Privada" (ed. Craig Aronoff et al., Georgia State University Business Press, 1986) y que fue reimpresso en "Socratic Puzzles" (Robert Nozick, Harvard University Press, 1997).

** Traducido por Enrique Pasquel Rodríguez bajo la supervisión del profesor Eduardo Hernando Nieto, a quien agradecemos su gentil colaboración. Asimismo, queremos agradecer al CATO Institute por cedernos el presente artículo para su publicación.

*** Robert Nozick fue Arthur Kingsley Porter Professor de Filosofía en la Universidad de Harvard y el autor de "Anarchy, State and Utopia" así como de varios otros libros y publicaciones. Falleció en enero del año 2002.

A los intelectuales hacedores de palabras les va bien en una sociedad capitalista; ahí ellos tienen gran libertad de formular, confrontar y propagar nuevas ideas, de leerlas y discutir las. Sus talentos ocupacionales son demandados, sus ingresos están bastante por encima del promedio. ¿Por qué entonces se oponen desproporcionadamente al capitalismo? De hecho, alguna información sugiere que mientras más próspero y exitoso es el intelectual, tiende más a oponerse al capitalismo. Esta oposición es principalmente “desde la izquierda” pero no únicamente. Yeats, Elliot y Pound se opusieron a la sociedad de mercado desde la derecha.

La oposición de los intelectuales hacedores de palabras al capitalismo es un hecho de significancia social. Ellos forman nuestras ideas e imágenes de la sociedad, ellos establecen las políticas públicas que la burocracia toma en cuenta. Su oposición importa, especialmente en una sociedad que cada vez depende más de la explícita formulación y diseminación de la información.

Podemos distinguir dos clases de explicación para la relativamente elevada proporción de intelectuales que se oponen al capitalismo. Una de ellas encuentra un factor perteneciente sólo a los intelectuales anti-capitalistas. La segunda clase de explicación identifica un factor aplicado a todos los intelectuales, una fuerza que los empuja hacia opiniones anti-capitalistas. Si presiona a algún intelectual en particular hacia el anti-capitalismo dependerá de las otras fuerzas que estén actuando sobre él. En el agregado, sin embargo, desde que hace al anti-capitalismo más atractivo para cada intelectual, tal factor producirá una proporción apreciable de intelectuales anti-capitalistas. Nuestra explicación será de este segundo tipo. Identificaremos un factor que inclina a los intelectuales hacia actitudes anti-capitalistas pero que no lo garantiza en ningún caso particular.

EL VALOR DE LOS INTELLECTUALES

Los intelectuales esperan ser las personas más valoradas en una sociedad, aquellos con el mayor prestigio y poder, aquellos con las mayores recompensas. Los intelectuales se sienten con derecho a esto. Pero, por lejos, una sociedad capitalista no honra a sus intelectuales. Ludwig von Mises explica el especial resentimiento de los intelectuales, en contraste con los trabajadores, diciendo que ellos se mezclan socialmente con exitosos capitalistas y por ello los tienen como un destacado grupo de comparación y son humillados por su menor estatus. No obstante,

aún aquellos intelectuales que no se mezclan socialmente son similarmente resentidos, en tanto solamente mezclarse no es suficiente – los instructores de deportes y danza que atienden a los ricos y tienen *affairs* con ellos no son tan notablemente anti-capitalistas.

¿Por qué entonces los intelectuales contemporáneos se sienten *con derecho* a las más altas recompensas que sus sociedades tienen que ofrecer y *resentidos* cuando no las reciben? Los intelectuales sienten que ellos son las personas más valiosas, aquellos con los méritos más altos, y que la sociedad debería premiar a la gente de acuerdo con su valor y mérito. Pero una sociedad capitalista no satisface el principio de distribución “a cada uno según su mérito o valor”. Más allá de los regalos, herencias y ganancias en apuestas que se dan en una sociedad libre, el mercado distribuye a aquellos que satisfacen las demandas de otros expresadas y percibidas por el mercado, y cuánto distribuye depende de cuánto es demandado y cuán grande es la provisión sustituta. Los hombres de negocio y los trabajadores no exitosos no tienen el mismo resentimiento contra el sistema capitalista como sí lo tienen los intelectuales hacedores de palabras. Solo el sentimiento de superioridad no reconocida, de titularidad traicionada, produce tal ánimo.

¿Por qué los intelectuales hacedores de palabras piensan que son los más valiosos, y por qué creen que la distribución debería ser de acuerdo al valor? Note que este último principio no es uno necesario. Otros patrones de distribución han sido propuestos, incluyendo la distribución igualitaria, la distribución de acuerdo al mérito moral, la distribución de acuerdo a la necesidad. De hecho, no es necesario algún patrón de distribución que la sociedad esté pretendiendo alcanzar, aun una sociedad a la que le importe la justicia. La justicia de una distribución puede residir en su surgimiento de un proceso justo de intercambio voluntario de propiedad y servicios justamente adquiridos. Cualquier resultado que sea producido por este proceso será justo, pero no hay algún patrón particular al que el resultado se deba ajustar. ¿Por qué, entonces, los hacedores de palabras se ven a sí mismos como más valiosos y aceptan el principio de distribución de acuerdo al valor?

Desde los principios del pensamiento registrado, los intelectuales nos han dicho que su actividad es la más valiosa. Platón valoraba la facultad racional sobre el coraje y los apetitos y consideraba que los filósofos deberían gobernar; Aristóteles sostuvo que la contemplación intelectual era la más alta actividad. No es

sorprendente que los textos sobrevivientes registren esta alta evaluación de la actividad intelectual. Las personas que formularon evaluaciones, que las escribieron con razones que las sustenten, fueron intelectuales, después de todo. Se estaban elogiando a sí mismos. Aquellos que valoraban algo además de reflexionar acerca de las cosas utilizando palabras, ya sea cazar o poder o placer sensual ininterrumpido, no se molestaron en dejar registros escritos perdurables. Sólo el intelectual elaboró una *teoría* de quién era el mejor.

LA ESCOLARIZACIÓN DE LOS INTELECTUALES

¿Qué factor produjo sentimientos de un valor superior de parte de los intelectuales? Quiero enfocarme en una institución en particular: los colegios. Mientras el conocimiento de los libros se volvió cada vez más importante, la escolarización -la educación conjunta, en clases, de gente joven, en leer y en conocimiento académico- se difundió. Los colegios se volvieron la mayor institución fuera de la familia que moldeaba las actitudes de la gente joven, y casi todos aquellos que más tarde se convirtieron en intelectuales pasaron por colegios. Ahí ellos fueron exitosos. Ellos fueron juzgados en comparación con otros y considerados superiores. Ellos fueron elogiados y recompensados, los favoritos de los maestros. ¿Cómo pudieron dejar de verse a sí mismos como superiores? Diariamente, ellos experimentaron diferencias en la facilidad de trabajar con ideas, en rapidez de aprendizaje. Los colegios les enseñaron, y les mostraron, que ellos eran mejores.

Los colegios, también, exhibieron y en consecuencia enseñaron el principio de la recompensa de acuerdo con el mérito (intelectual). El premio fue a los intelectualmente meritorios, la sonrisa de los maestros, y las altas calificaciones. En lo que corrientemente los colegios tenían que ofrecer, los más inteligentes constituían la clase superior. Aún cuando no era parte de la currícula oficial, en los colegios los intelectuales aprendieron las lecciones de su más grande valor en comparación con los demás, y cómo este valor les daba derecho a mayores recompensas.

La sociedad de mercado, sin embargo, les enseñó una lección diferente. Ahí las más grandes recompensas no van a los verbalmente brillantes. Ahí las habilidades intelectuales no eran las más valoradas. Educados en la lección de que ellos eran los más valiosos, los que más merecían recompensa, los que tenían más derecho a recompensa, ¿cómo los intelectuales, por lejos, no se sentirían resentidos con la sociedad capi-

talista que los privó de lo que justamente merecían, aquello a lo que su superioridad "les daba derecho"? ¿Es sorprendente que lo que los intelectuales sintieran por la sociedad capitalista fuera un profundo y hosco resentimiento que, aunque revestido con razones públicamente apropiadas, continuaba aún cuando fuese demostrado que aquellas razones particulares eran inadecuadas?

Al decir que los intelectuales se sienten con derecho a las más altas recompensas que la sociedad en general puede ofrecer (riqueza, estatus, etc.), no quiero decir que los intelectuales consideren que estas recompensas sean los más altos bienes. Probablemente ellos valoran más las recompensas intrínsecas de la actividad intelectual o la estima del tiempo. No obstante, ellos también se sienten con derecho al más alto aprecio de la sociedad en general, a lo más y mejor que tiene que ofrecer, por más insignificante que esto pueda ser. No quiero enfatizar especialmente las recompensas que encuentran su camino hacia los bolsillos de los intelectuales o aún que los alcanzan personalmente. Identificados ellos mismos como intelectuales, pueden resentirse por el hecho que la actividad intelectual no sea la más altamente valorada y recompensada.

El intelectual quiere que toda la sociedad sea un colegio en grande, que sea como el ambiente en el que le fue tan bien y en el que fue tan apreciado. Al incorporar estándares de recompensa que son diferentes del resto de la sociedad, los colegios garantizan que algunos experimentarán más adelante una movilidad descendente. Aquellos que se encuentran en el tope de la jerarquía escolar se sentirán con derecho a una posición en el tope, no sólo en aquella micro-sociedad sino también en el resto, una sociedad cuyo sistema ellos resentirán cuando falla al tratarlos de acuerdo a sus auto-prescritos deseos y titularidades. Entonces, el sistema escolar produce un sentimiento anti-capitalista entre los intelectuales. En realidad, produce un sentimiento anti-capitalista entre los verbalmente intelectuales. ¿Por qué los hacedores de números no desarrollan las mismas actitudes que estos hacedores de palabras? Yo conjeturo que estos niños cuantitativamente brillantes, aún cuando obtienen buenas calificaciones en las evaluaciones relevantes, no reciben la misma atención y aprobación cara a cara de los maestros como sí lo obtienen los niños verbalmente brillantes. Son las habilidades verbales las que traen estas recompensas personales de los maestros, y aparentemente son estas recompensas las que especialmente forman el sentimiento de titularidad.

PLANEAMIENTO CENTRAL EN EL SALÓN DE CLASES

Hay un punto adicional que debe ser añadido. Los (futuros) intelectuales hacedores de palabras son exitosos dentro del formal sistema social oficial de los colegios, donde las recompensas relevantes son distribuidas por la autoridad central del maestro. Los colegios contienen otro sistema social informal dentro de los salones de clase, corredores, y los patios de los colegios, donde las recompensas son distribuidas no por una dirección central sino espontáneamente al placer y antojo de los compañeros de colegio. Aquí a los intelectuales no les va tan bien.

No es sorprendente, entonces, que la distribución de bienes y recompensas vía un mecanismo de distribución centralmente organizado, posteriormente sea encontrado por los intelectuales como más apropiado que la "anarquía y el caos del mercado". Ello dado que la distribución en una sociedad socialista de planeamiento centralizado supera la distribución en una sociedad capitalista de la misma forma que la distribución por el maestro supera la distribución por el patio del colegio y los pasillos.

Nuestra explicación no postula que los (futuros) intelectuales constituyen una mayoría aún de la clase más destacada de la escuela. Este grupo puede consistir mayormente de aquellos con sustanciales (pero no arrolladoras) habilidades de estudio junto con gracia social, fuerte motivación para agradar, amigabilidad, actitudes ganadoras, y una habilidad de jugar con (y parecer estar siguiendo) las reglas. Aquellos alumnos, también, serán altamente apreciados y recompensados por el maestro, y les irá extremadamente bien en la sociedad, de la misma forma. (Y les va bien dentro del sistema social informal de la escuela, por lo que ellos no aceptarán especialmente las normas del sistema formal del colegio). Nuestra explicación plantea la hipótesis de que los (futuros) intelectuales son desproporcionadamente representados en aquella porción de la clase alta (oficial) de las escuelas que experimentarán relativa movilidad descendente. O, más bien, en el grupo que predice para el mismo un futuro en declive. El resentimiento surgirá antes del movimiento dentro del mundo y la experiencia de un actual declive en estatus, en el punto donde el alumno inteligente se da cuenta que a él (probablemente) le irá menos bien en la otra sociedad que en su presente situación escolar. Esta no deliberada consecuencia del sistema escolar, el ánimo anti-capitalista de los intelectuales, es, definitivamente, reforzada cuando los alumnos leen o son enseñados por intelectuales quienes presentan aquellas actitudes tan anti-capitalistas.

Sin duda, algunos intelectuales hacedores de palabras fueron ariscos e inquisitivos alumnos por lo que fueron desaprobados por sus maestros. ¿También ellos aprendieron la lección de que el mejor debería obtener la más alta recompensa y pensaron, dejando de lado a sus profesores, que ellos mismos eran mejores y en consecuencia empezaron con un temprano resentimiento contra el sistema distributivo escolar? Claramente, en este y los otros temas discutidos aquí, necesitamos información sobre las experiencias escolares de futuros intelectuales hacedores de palabras para refinar y probar nuestras hipótesis.

Tomado como un punto general, es difícilmente refutable que las normas dentro de las escuelas afectarán las creencias normativas de las personas una vez que las dejen. Las escuelas, después de todo, son la mayor sociedad no-familiar en la que los niños aprenden a desenvolverse, y por tanto la escolarización constituye su preparación para la real sociedad no-familiar. No es sorprendente que aquellos que tienen éxito bajo las normas del sistema escolar puedan sentirse resentidos con una sociedad, adherida a normas distintas, que no les garantiza el mismo éxito. Así tampoco, cuando aquellos son los que van a formar la imagen que tiene una sociedad de sí misma, su auto evaluación, sorprende cuando la porción con capacidad de respuesta de la sociedad se vuelve contra ella. Si usted estuviese diseñando una sociedad, no buscaría diseñarla de tal forma que los hacedores de palabras, con toda su influencia, fueran educados en el rencor contra las normas de la sociedad.

Nuestra explicación del anti-capitalismo desproporcionado de los intelectuales se basa en una generalización sociológica bastante plausible.

En una sociedad donde un sistema o institución extra-familiar, el primero donde ingresan los jóvenes, distribuye las recompensas, aquellos a los que les va mejor en él tenderán a internalizar las normas de estas instituciones y esperar que la otra sociedad opere de acuerdo con estas normas; se sentirán con derecho a que la distribución se realice de acuerdo con tales normas o (por lo menos) a una posición relativa igual a aquella a la que dichas normas ofrecerían. Además, aquellos que constituyen la clase alta dentro de la jerarquía de esta primera institución extra-familiar y que luego experimentan (o previenen experimentar) el desplazamiento hacia una posición relativa inferior en la otra sociedad tenderán, debido a su sentimiento de titularidad frustrada, a oponerse al sistema social más extenso y a sentir resentimiento contra sus normas.

Hay que notar que ésta no es una regla determinista. No todos aquellos que experimentan movilidad social descendente se voltearán contra el sistema. Tal movilidad descendente, no obstante, es un factor que tiende a producir efectos en tal dirección, por lo que se mostrará a él mismo en proporciones diferentes a nivel agregado. Debemos distinguir formas en las que una clase superior puede desplazarse de manera descendente: puede conseguir menos que otro grupo o (cuando ningún grupo se desplaza sobre ella) puede estancarse, fallando en conseguir más que aquellos que previamente eran considerados inferiores. Es el primer tipo de movilidad descendente el que especialmente indigna; el segundo tipo es mucho más tolerable. Muchos intelectuales (según ellos) prefieren la equidad mientras que sólo un pequeño número busca una aristocracia de intelectuales. Nuestra hipótesis se refiere al primer tipo de movilidad descendente como especialmente productiva de resentimiento y rencor.

El sistema escolar recompensa únicamente *algunas* habilidades relevantes para el éxito futuro (es, después de todo, una institución especializada) por lo que su sistema de recompensa diferirá del de la otra sociedad. Esto garantiza que algunos, al moverse a tal sociedad, experimentarán movilidad social descendente y sus consecuencias. Anteriormente dije que los intelectuales quieren que la sociedad sea como las escuelas en grande. Ahora vemos que el resentimiento debido a una frustrada sensación de titularidad, procede del hecho que las escuelas (como un primer sistema social especializado extra-familiar) no son la sociedad en pequeña.

Nuestra explicación ahora parece predecir el (desproporcionado) resentimiento de intelectuales educados contra su sociedad cualquiera sea su naturaleza, ya sea capitalista o comunista. (Los intelectuales se oponen desproporcionadamente al capitalismo en comparación con otros grupos de similar estatus socioeconómico dentro de la sociedad capitalista. Es otra cuestión si es que ellos se oponen desproporcionadamente en comparación con el grado de oposición de los intelectuales de otras sociedades con respecto a aquellas). Claramente, entonces, la información acerca de las actitudes de los intelectuales dentro de países comunistas en contra de sus sistemas sociales será relevante; ¿se sentirán tales intelectuales resentidos con respecto a tal sistema?

Nuestra hipótesis necesita ser refinada para que no se aplique (o aplique tan fuertemente) a cada sociedad. ¿Deben los sistemas escolares en cada sociedad inevitablemente producir resentimiento anti-social en los intelectuales que no reciben las más altas

recompensas de tal sociedad? Probablemente no. Una sociedad capitalista se caracteriza porque parece anunciar que es abierta y responde sólo al talento, la iniciativa individual, al mérito personal. Crecer en una casta heredada o sociedad feudal no crea expectativa alguna de que la recompensa vendrá de acuerdo con el valor personal. Más allá de la expectativa creada, una sociedad capitalista recompensa a las personas solamente si sirven los deseos del resto expresados a través del mercado; recompensa de acuerdo con la contribución económica, no de acuerdo con el valor personal. Sin embargo, se acerca lo suficiente a recompensar de acuerdo al valor -valor y contribución están frecuentemente entrelazados- como para nutrir la expectativa producida por los colegios. La ética de la otra sociedad es suficientemente próxima a aquella de los colegios por lo que la cercanía crea resentimiento. Las sociedades capitalistas recompensan los logros individuales o anuncian que lo hacen, y entonces dejan al intelectual, quien se considera a sí mismo con la mayor cantidad de logros, particularmente enfadado.

Otro factor, creo, juega un rol. Las escuelas tenderán a producir tales actitudes anti-capitalistas mientras asistan a ellas de manera conjunta una diversidad de personas. Cuando casi todos aquellos que serán económicamente exitosos asisten a escuelas distintas, los intelectuales no adquirirán tal actitud de ser superiores a ellos. Pero aun si muchos niños de la clase alta asisten a escuelas separadas, una sociedad abierta tendrá otros colegios que también incluyen a varios que se convertirán en económicamente exitosos como empresarios y los intelectuales más tarde recordarán de manera resentida qué tan académicamente superiores eran ellos en relación con sus pares que se convirtieron en más ricos y poderosos. La apertura de la sociedad también tiene otra consecuencia. Los alumnos, futuros hacedores de palabras y otros, no sabrán cómo les irá en el futuro. Ellos pueden esperar cualquier cosa. Una sociedad cerrada al progreso destruye pronto tales esperanzas. En una sociedad capitalista abierta, los alumnos no se resignan tempranamente a límites en su progreso o movilidad social, la sociedad parece anunciar que los más capaces y valiosos llegarán a la cima, sus escuelas les han dado a los más talentosos académicamente el mensaje de que ellos son los más valiosos y los que merecen las más altas recompensas, y más tarde tales alumnos con el más grande coraje y esperanzas ven a otros de sus pares, que ellos conocen y ven menos meritorios, alzándose más alto que ellos mismos, tomando las principales recompensas, a las que ellos se sentían con derecho. ¿Es sorpresa para alguien que ellos lleven un resentimiento contra tal sociedad?

ALGUNAS HIPÓTESIS ADICIONALES

Hemos refinado de alguna manera la hipótesis. No son simplemente las escuelas formales sino la educación formal dentro de un contexto social específico que produce este resentimiento anti-capitalista en los intelectuales (hacedores de palabras). Sin duda, la hipótesis requiere más refinamiento. Pero es suficiente. Es tiempo de dejar la hipótesis a los científicos sociales, de llevarla de especulaciones en el estudio y dársela a aquellos que se sumergirán en hechos y datos más particulares. Podemos señalar, sin embargo, algunas áreas donde nuestra hipótesis puede producir consecuencias y predicciones comprobables. Primero, uno puede predecir que mientras más meritocrático sea el sistema escolar de un país, es más probable que sus intelectuales sean de izquierda. (Consideren a Francia). Segundo, aquellos intelectuales que progresaron tardíamente en la escuela no habrían desarrollado el mismo sentido de derecho a las más altas recompensas; en consecuencia, un porcentaje más bajo de tales intelectuales serán anti-capitalistas en comparación con los que destacaron desde temprano. Tercero, hemos limitado nuestra hipótesis a aquellas sociedades (a diferencia de la sociedad de castas India) donde el estudiante exitoso plausiblemente puede esperar más éxito en comparación con el que lograría en la sociedad más amplia. En la sociedad del Oeste, las mujeres no

habrían mantenido posiblemente tales expectativas, por lo que no esperamos que las estudiantes femeninas que constituyeron parte de la clase académicamente alta, pero que luego experimentó movilidad descendente, muestren el mismo resentimiento anti-capitalista como los intelectuales masculinos. Podemos predecir, entonces, que mientras una sociedad se mueva más hacia la igualdad en oportunidades ocupacionales entre mujeres y hombres, más exhibirán sus intelectuales femeninas el mismo anti-capitalismo desproporcionado que sus intelectuales masculinos muestran.

Algunos lectores pueden dudar de esta explicación acerca del anti-capitalismo de los intelectuales. Sea como sea, creo que un fenómeno importante ha sido identificado. La generalización sociológica que hemos postulado es intuitivamente convincente; como si debiese ser cierta. Por tanto, algún efecto importante debe ser producido en tal porción de la clase alta de la escuela que experimenta movilidad social descendente, algún antagonismo con la sociedad más amplia debe ser generado. Si tal efecto no es la desproporcionada oposición de los intelectuales, entonces ¿qué es? Empezamos con un confuso fenómeno que necesitaba de una explicación. Hemos encontrado, creo, un factor explicativo que (una vez postulado) es tan obvio que debemos creer que explica algún fenómeno real.
